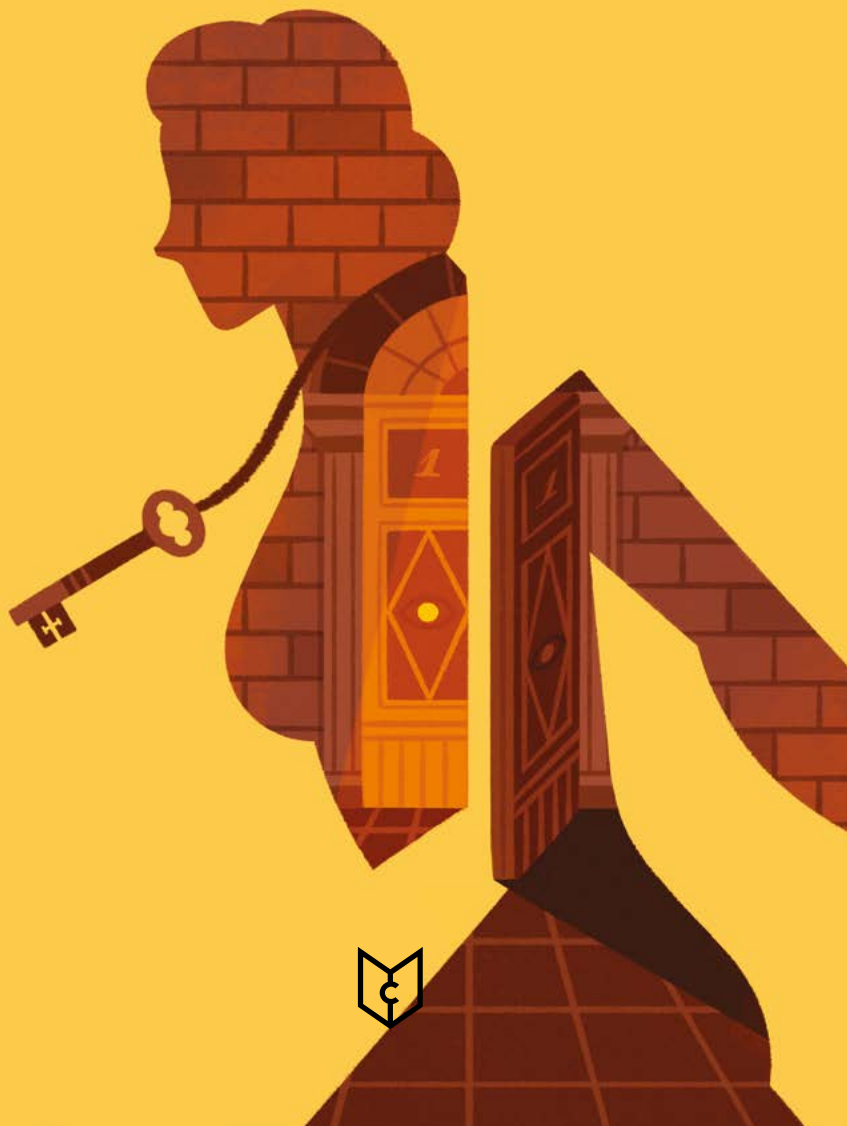


Placeres

MC LATORRE





PLACERES
Historias románticas y eróticas en formato mini

M.C. Latorre

© María Carmen Latorre

1ª edición, marzo 2018

ISBN: 9781980391265

Safe Creative: 1801165409184

Diseño de cubierta: Raúl Gil (www.raul-gil.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*No es el sexo lo que nos da placer,
sino el amante.*

—Marge Piercy

Índice

Sinopsis	11
1. Lana virgen	13
2. La botella	17
3. La orgía	21
4. Punto y final	23
5. Olas	25
6. Piel	29
7. La belleza está en el interior	35
8. Hasta ahora	37
9. Rajita	39
10. Perfectos	47
11. Inconfesable	51
12. Dejar de fumar	57
13. Múltiples orgasmos	63
14. Frikisex	65
15. Adiós	77
16. Mis últimos tres amantes	83
17. Rosablanca de Montegrís	87
18. La decisión	95
Infinitas gracias y Sobre mí	99

Sinopsis

Placeres: eso que te hace vibrar, gemir, reír, retorcer de cosquillas o tensar de excitación.

El placer de mirar, el placer de descubrir nuevas maneras de jugar con una botella, el de conectar con una desconocida de ojos transparentes, el de bucear entre las piernas de tu amante. El placer de comunicarte con alguien a través de la piel, de dejar de ser tan recatada o de lanzarte y seducir a aquella diosa en medio de un concierto. El placer que no necesita el sentido de la vista, el que moja sábanas con solo imaginarse, el de encontrar placer en una misma. El placer múltiple de las cosas cotidianas, el de una cita a ciegas que acaba en sorpresa. El placer de encontrar cariño en el sexo, de tomártelo con un poco de ironía, de reírte de los cuentos de hadas. El placer de ser valiente y mirarte por dentro.

Todas estas alegrías, en forma de pequeños cuentos, las tienes aquí. 18 placeres para mayores de edad. Que los disfrutes.

1. LANA VIRGEN

El culpable fue el jersey gris de lana, con estampado de rayas rojas y manga por el codo, que ella llevaba la fría mañana de autos. Una pieza de ropa que me tentaba activamente, empeñada en ajustarse con pasión a sus pezones erectos, en abrazarse a ese par de hipnóticos bultitos que se henchían bajo la tela, suaves y dulces, como bizcochos de miel.

Fue esa perversa prenda de invierno la causante de todo.

Porque, por supuesto, la preciosa mujer que lo llevaba no lo fue.

Ella es inocente. Siempre ha sido inocente y estoy seguro de que lo será haga lo que haga en su vida. Incluso si decide destruir el planeta con una bomba nuclear. Incluso si llegara a verla presionar el botón que nos hiciera saltar a todos por los aires. Y hasta si la viera disfrutar con todo ello: seguiría siendo inocente.

Ella no tiene la culpa de su belleza, ni de la extraordinaria ración de sexualidad y sensualidad que supone su presencia en el mundo. Ella queda libre de todos los cargos, señoría.

Pero el jersey... ese no tiene perdón, ni merece clemencia y clama a gritos un castigo ejemplar.

Tres paradas me separaban aquel día, como todos los días, de la estación de tren y el centro de la ciudad. Tres breves altos que en total no sumaban más de quince minutos. Un suspiro que, hasta esa jornada, solía pasar de pie en la plataforma, mirando por la ventana, entretenido en como corrían los árboles en sentido contrario. Pero que se tornó una eternidad cuando mis delincuentes ojos, intentaron perderse más allá de una barrera de lana virgen.

Porque también son culpables mis ojos, señoría. Lo re-

conozco. Y agradecería, por la sinceridad, una reducción de condena para ellos.

La culpa, pues, es de mis ojos y su jersey.

Porque estos ardientes luceros míos fueron los canalizadores de la pasión desenfadada, que me apretó los pantalones, cuando ella subió al autobús. Los motivadores del deseo atrevido que inundó mi mente y que clamaba con urgencia que la desnudara de cintura para arriba, para comprobar si el paraíso era tal y como se adivinaba.

No son culpables sus ojos, ni la mueca de disgusto en sus carnosos labios, ni la arruga en su nariz. Aún menos las palabras hirientes, duras, que me dedicó al sentir mis pupilas clavadas en ella.

Sé que mi comportamiento estuvo fuera de lugar y me arrepiento enormemente. Sé que las miradas de deseo no requeridas o anheladas nunca son bienvenidas. Que hay que saber dónde dejarlas para evitar situaciones incómodas para todos. Y por eso confieso, señorita, que todo fue culpa mía y excuso, pues, su reacción hostil ante mi desafortunada manera de expresar mi admiración por su anatomía. Excuso el ligero empujón que me propinó, casi una caricia que en cierta y secreta manera disfruté, que me hizo caer sobre el asiento reservado y la señora octogenaria que lo ocupaba. La culpa la tuvieron mi falta de equilibrio y torpeza naturales. Y habiendo confesado todo esto, acepto pues hacerme cargo de cualquier indemnización que tenga a bien disponer usted, a dicha octogenaria señora, por haberle estropeado el abrigo y destrozado la poinsetia que le había regalado su hija por Navidad.

Estoy arrepentido, de verdad... lo juro... pero con todo , señorita... ¡qué hipnóticos eran aquellos bultitos! Sí, lo sé, ya lo he dicho, pero lo reitero. Y sé que no es excusa, porque no hay excusa posible. Pero aquellos botones eran claramente

un imán para mi mirada débil y cansada, incapaz de oponerles resistencia.

Esta mirada deseosa de darme algo con lo que soñar despierto, con lo que escapar unos segundos del trabajo gris, la cama vacía y la nevera llena de hielo.

Y sí, la culpa es mía señoría. Soy culpable de soñar despierto que desfloraba lana virgen.

2. LA BOTELLA

Aún recuerdo cómo pasé el verano de mis diecisiete en la ciudad: callejando a la hora de la siesta entre los altos edificios de mi barriada; pateando con mis amigas las avenidas inmersas en una quietud espesa y un silencio de chicharras; metiendo la cabeza bajo el chorro de las fuentes públicas para empaparnos las espesas y largas cabelleras y destrozando la punta de las llaves de casa, al tatuar en los bancos de madera del parque los nombres de los chicos que nos gustaban.

Aquel agosto supuso un cambio muy importante en mi mente y mi cuerpo. En parte porque había descubierto una nueva fuente de placer y estaba en plena experimentación y perfeccionamiento de mi propia técnica de masturbación; y en parte, porque el primer día que me puse ropa de verano y me miré en el espejo, me di cuenta de que mis pechos y mis caderas eran ya los de una mujer. Decidí entonces que necesitaba un nuevo atuendo, acorde con mi nueva dimensión, y como no tenía dinero para ir de compras, rebusqué por casa.

Encontré una camiseta de tirantes raída de mi padre, que me quedaba enorme y dejaba totalmente a la vista el viejo sujetador de encaje, heredado de mi madre; un pantalón corto de algodón oscuro, que era en realidad un pantalón de chándal descolorido, de rodillas agujereadas, al que le había cortado las perneras; una gorra sucia de mi hermano mayor, que apestaba a sudor, con la que cubrí mi mirada esquiva y enfadada de adolescente confundida, pero dispuesta a comerse el mundo y unas sandalias de plástico transparente que algún día mi madre compró con la ilusión de llevarlas en la playa. Aquel vestuario me acompañó durante semanas,

en las que el sol y la calle fueron envejeciéndolo más que los escasos lavados.

Como las chicas del barrio éramos, la mayoría, hijas de los obreros del turno de noche, no teníamos demasiada supervisión durante el día. Nuestras madres o trabajaban a jornada partida en los polígonos de la periferia o eran amas de casa que se habían amoldado al horario de sus maridos, por lo que después del mediodía y hasta la hora de la cena, teníamos vía libre. Nos gustaba reunirnos en el callejón trasero de la carnicería halal, a partir de las tres de la tarde, y allí nos sentábamos en el suelo, a despotricar de nuestras familias, de las amigas que en aquel momento no estaban allí y a compartir los cigarrillos que Saray le robaba a su abuelo; los ganchitos que se compraban con el cambio no devuelto de los recados que hacíamos a nuestras madres y el refresco caliente, del que bebíamos las, como mínimo, cinco que éramos, y que Patri sacaba a escondidas del bar de su tío.

De aquel rincón guardo recuerdos sensoriales extremadamente placenteros, como el cosquilleo picante del asfalto incendiado contra los muslos; la suavidad en la yema de los dedos de mi amiga Sundus, dibujándome letras invisibles en la espalda para que las adivinara y el sudor que resbalaba desde mi axila y bajaba por mis costillas hasta la cintura del pantalón, y que conseguía refrescarme con timidez cuando una ráfaga de viento cálido entraba en el callejón, rebotaba en el fondo y huía enfadado, revolviendo los envoltorios de chucherías y las latas que solía haber a nuestro alrededor.

Casi siempre bebíamos Coca-Cola. En casa no la comprábamos, así que cuando tenía en mis manos aquel botellín sustraído intentaba disfrutar de cada segundo con él. Durante un rato corto la bebida iba pasando por los labios de todas, hasta que alguien le daba un último sorbo, tumbaba la botella de vidrio en el suelo y se dedicaba a darle vueltas con

los dedos. Era la señal para que las demás nos sentáramos formando un corro alrededor del objeto, listas para empezar el juego.

Si hoy cierro los ojos aún escucho aquel rasgar del vidrio sobre el pavimento al deslizarse; el silbido del viento bajo colándose por su agujero; la luz del sol que se reflejaba hiriente en la superficie aerodinámica, casi fállica.

Aquella imagen me provoca aún hoy un ligero mareo que trae consigo el escozor hipnótico que aprisionaba entonces mis párpados y mis ojos, absorbiendo mi mente por completo. Una sensación que me impedía pensar con claridad y que me mantenía atrapada en aquellas infinitas vueltas, vueltas y más vueltas.

Menos a mí, el juego ponía nerviosas a todas las chicas del círculo, que se dedicaban unas a otras risitas, codazos e insultos blancos. Y la excitación subía aún más cuando jugaba un chico con nosotras. Algún amigo de mis amigas, un compañero de clase o incluso algún par de jóvenes de nuestra edad, sin nada mejor que hacer, y que pasaban en ese momento por allí.

A mí nunca me resultó especialmente atractivo aquello. Para mí el juego, en realidad, no tenía demasiada importancia. Mis ojos estaban fijos en aquel cuello robusto de vidrio; en la boca redonda que se me ofrecía ahora sí, ahora no; en las hendiduras que recorrían entero aquel objeto y formaban un suave relieve. No me importaba quién estuviera sentado a mi lado ni si la botella me señalaba al finalizar su balanceo. Es más, deseaba con todas mis fuerzas que no me eligiera. La idea de darle un pico a un chico con pelusilla sobre el labio, o la de practicar una vez más los besos con lengua con mis amigas, no me decía nada. Todo aquello me había excitado durante unos días, al principio del verano, pero desde que una tarde me había quedado sola después del juego y había

empezado a experimentar por mi cuenta, todo lo demás se había vuelto aburrido.

Lo que de verdad quería era que aquel laboratorio de experimentación entre chicas, que el juego era unas veces o el ritual de cortejo entre adolescentes de diferentes sexos, que era otras, acabara rápido. Que las chicas se aburrieran y se fueran a casa, o que los chicos las convencieran para ir con ellos al descampado que había detrás del desguace, para meterse en uno de aquellos coches oxidados, colonizados por las malas hierbas y tumbarse juntos en el asiento trasero. Mientras ellos se entretuvieran practicando cómo enredarse las lenguas, tocándose por encima de la ropa o lamiéndose el cuello para después soplarse detrás de la oreja, yo podría quedarme sola, por fin, en el callejón. Cogería la botella caliente por el cuello, la frotaría contra mi camiseta de tirantes para limpiarla y después, con un movimiento fluido, delicado, dejaría que sus estrías acariciaran con suavidad mi piel más íntima.

Y entonces sería mi turno de hacerla dar vueltas, vueltas y más vueltas.

3. LA ORGÍA

Bienvenida a la orgía.

Pasa libremente y deja tu ropa en la entrada,
junto a todo lo que te avergüenza.

Tus piernas no son tan gordas,
ni tus pechos están tan caídos,
ni tu cara es tan asimétrica como crees.

Tampoco importan aquí el timbre de tu voz,
tu miopía o tu mal humor por las mañanas.

No dejes que la imagen que tienes de ti frente al espejo
pase de la puerta.

Muda la piel.

Abre la mente.

Deslízate serena y entera hasta el centro de la sala.

Abre los brazos.

Abre las piernas.

Abre los labios.

Cierra los ojos.

Deja que te toquen,

te saboreen,

te abracen,

te lean,

te exciten,

te hagan gemir,

te llenen.

Permítete ser esta noche la encarnación del placer,
porque eres la mujer perfecta para ello.

Porque eres la diosa perfecta para ello.

Porque tú eres la orgía.

4. PUNTO Y FINAL

Cada mañana me tomo, siempre sola, un café y un cruasán en el bar de la estación. Dependiendo la época del año espero a que llegue el tren observando a través de los grandes ventanales las estrellas, la salida del sol, las nubes o la lluvia. Hace un par de semanas, además, solía hacerlo escribiendo. Hasta que un día, no recuerdo cuando, la inspiración se congeló. Quizás por el frío de enero.

Esta mañana de febrero, sin embargo, me he tomado ese café acompañada. Una desconocida, cuya sonrisa iluminaría el más amplio de los agujeros negros del espacio, ha puesto su café junto al mío y se ha sentado frente a mí.

—¿Ya no escribes? —me ha dicho, a la vez que me embriagaba con el intenso olor a coco de su colonia.

—No —he respondido sorprendida, observándola como a una inesperada visión.

—¿Sabes? Creo que es porque olvidaste poner el punto y final a tu último cuento.

Con unas manos de dedos largos y hábiles, la desconocida, ha sacado una hoja arrugada del bolso y, alisándola un poco, la ha dejado sobre la mesa. Ha puesto un bolígrafo junto a la hoja y me ha señalado el final de una frase que he leído en voz alta:

«Después de décadas buscando el amor, no había sido capaz de ver que lo tenía justo enfrente»

Al escuchar mis propias palabras he recordado el día en que arranqué, arrugué y tiré aquella hoja plagada de clichés al suelo de la cafetería. Estaba furiosa conmigo misma por ser incapaz de ir más allá. Por haberme instalado en la cobardía y no dejar que los sentimientos, los tabúes, las pala-

bras que podían liberarme, explotaran en el aire y cayeran sobre las líneas de mi libreta.

Aquella frase olvidada ha traído de nuevo esa furia, esa antigua decepción conmigo misma que aún vive agazapada en mi pasividad. Y ha sido eso, quizás, lo que me ha impulsado a coger el bolígrafo con la mano izquierda y coronar la frase con un punto.

Inmediatamente después de hacerlo, el pecho se me ha hinchado de un alivio inmenso.

—Tenías razón —he dicho, jugueteando con el bolígrafo entre mis dedos—. Gracias.

La he sonreído con gratitud y ella me ha devuelto el gesto. Después, con delicadeza, ha posado su mano sobre el papel rozando tan solo un segundo mi brazo; tiempo suficiente para erizar todo el vello de mi cuerpo. Lo ha atraído hacia sí, ha girado la hoja para poder leerla y ha observado su contenido.

—Me gusta la variación que has hecho —ha dicho clavándome de nuevo esos ojos suyos intensamente vibrantes y azules.

—¿Sí? —el tono de mi voz era tímido, aliviado.

—Sí.

Su mirada se ha detenido entonces en el bolígrafo, que seguía danzando entre mis dedos inquietos. Ha vuelto a pasarme la hoja y dejando una caricia en mi muñeca me ha dicho con seguridad:

—Yo también creo que esto merece un punto y seguido.

5. OLAS

—Buenos días, remolón...

«No, todavía no» pienso y no abro los ojos. Pero refugiado en la cama escucho la voz de mi amada en mi oído y de lejos, a través de la ventana abierta, las gaviotas; y aún más lejos, los motores de las lanchas. Y aún más, el inmenso mar. Son las seis de la mañana y ya no queda casi nadie en el pantalán. El agua aún tiene los ojos cerrados y con placidez deja que los cascos la naveguen y formen dibujos en su superficie. Yo dejo que la voz de ella dibuje caracolas de aire sobre mi oreja. Ni el agua ni yo queremos dejar de soñar nuestros sueños.

Pero la voz de ella, que es un susurro sereno, está ya en mi oído, en mi cabeza.

—Venga, amor. Voy a hacerte un café.

Sus palabras agitan mi corazón, que da un latido de más. Estiro un brazo, encuentro su cuerpo y lo estrecho contra el mío para contagiarme el calor de las sábanas. Pero ella ríe y suspira y se deshace de mis manos en su cintura. Se mueve sobre la cama en silencio y el sentido del tacto me dice que se ha girado para mirarme, y que sigue muy cerca de mí. Pero no abro los ojos, aún no.

Porque después de su voz, me llegan sus labios.

Ella acerca sus ojos oscuros y traviosos a mi frente y siento la leve alegría de su sonrisa. Me lo chiva el aire que escapa de su nariz y cae sobre la mía y el gorgoteo de la risa en el fondo de su garganta. Yo estiro un poco el cuello, lo justo para meter mi cara entre su cabeza y la almohada y respiro el perfume de su piel, aún sin la máscara del jabón, y busco la caricia de su pelo en mis párpados cerrados.

Casi siempre, cuando la acaricio así, soy incapaz de se-

guir manteniendo mi farsa de inconsciencia, porque yo también sonríe de puro placer. Entonces ella, teniendo pruebas de que estoy despierto, se lanza sobre mi boca intentando hacerme reaccionar por sorpresa, con un beso impetuoso de labios apretados.

Un beso en el que los labios, sin embargo, son una presa para contener la pasión.

Pero si hay algo inútil entre los dos, y ella lo sabe, es intentar contener la pasión. Porque en cuanto su cuerpo está cerca del mío, tan cerca que ya no puede escapar de mi abrazo, la arrastro conmigo a la profundidad de nuestras sábanas.

En el descenso su pelo se disuelve entre los pliegues que ha dejado la noche y su ropa se desliza y contrae sobre su cuerpo. Hay risas y cosquillas, y una vez que hemos tocado el fondo, el sentido de nuestros besos cambia. Entonces mis labios se detienen detrás de su oreja; se deslizan por su cuello; bajan a la cima que hay entre sus pechos; coronan la cúspide de sus pezones; resiguen la curva de sus costillas; descubren el camino de vello que llega hasta su ombligo; se pierden en la ruta bajo el algodón, sobre la espiral, cerca de su monte de Venus...

Ella suspira, gime, se estira y deja que un pequeño haz de luz penetre en nuestro mundo, lo justo para tomar aire del exterior.

—Vamos, cariño... Llegaremos tarde.

«¿A dónde?, ¿a qué?» quiero decirle, «si es aquí donde está la vida». Pero ella se destapa aún más y siento el frío de la brisa en mi piel, y siento pánico.

«No, ella aún no puede irse. No así. No hasta que nos hayan cubierto las olas».

Así que avanzo las yemas de mis dedos sobre su piel, buceo entre sus piernas y la beso. Abriendo las compuertas, dejando que fluya la pasión.

El cuerpo de ella se tensa y su pelvis se mueve, empezando a bucear. Me aferro a sus muslos, arrastro mi pecho sobre el colchón y hundo mi lengua en la profundidad abisal de su cuerpo. Y en la oscuridad y el calor de nuestro delirio, ella me rodea con sus piernas y allí empiezo a existir: etéreo y valiente.

Y solo hasta que su cuerpo nada tan rápido que se llena de trémulas olas; solo hasta que deja de boquear y por fin consigue aire; solo hasta que el mar que hay en su interior se desborda, nos abraza y nos bautiza de sal; solo después de eso, cuando su pecho se ha calmado y podemos emerger juntos; cuando respiramos cogidos de la mano, sonrientes, encendidos y vivos; solo entonces, abro al fin del todo los ojos y la observo: libre y fuerte. Y es entonces cuando la amo más que nunca; y es entonces, por fin, cuando tengo fuerzas para salir y vivir mis sueños.

6. PIEL

La piel siempre era diferente. La textura, los recovecos, las arrugas... Jamás tuve un cliente cuya piel fuera gemela a otra. Desde las formas geométricas de las estrías de las manos, hasta las redondeces del interior de los muslos; desde el tono y la forma del vello o la agrupación de los lunares, hasta las cicatrices, los tatuajes y las marcas de nacimiento. La piel de todos y cada uno era un cuadro único. Una obra de arte pálida y rosada, como nieve virgen; o encendida y tostada por el sol; o bien oscura y magnética.

Nunca tuve prisa con ninguno de ellos. Nunca les apuré mientras se quitaban la ropa y se tendían. Nunca tuve un reloj en la habitación. Una vez estaban listos, me acercaba a ellos despacio, frotando entre sí las palmas de mis manos para calentarlas, las ponía con suavidad sobre sus cuerpos y las movía lentamente. Y casi al tiempo que empezaba el masaje, también cerraba los ojos.

Presionaba con las yemas de los dedos la piel y los músculos de mis pacientes y algunos se quejaban, otros suspiraban y ocurría que siempre mi propia piel conectaba.

La sensibilidad de mis huellas transmitía pequeñas chispas de electricidad que me enseñaban e iluminaban el recorrido, mucho mejor que mis propios ojos. Encontraba así los hombros, el pecho, las costillas, el vientre, la línea alba... Y dejaba en cada parte un toque que era un círculo, un par de ondas, una ligera presión que se acrecentaba...

«Me haces sentir tan bien», me decían algunos, los que hablaban. Otros, solo emitían sonidos guturales, respiraciones fuertes o alguna tímida queja. Y luego estaban los que preferían el silencio.

Al principio, él era uno de éstos últimos.

El primer día entró sin hacer ruido. Era mediados de otoño, muy temprano, y hacía demasiado calor. Yo estaba embelesada mirando por la ventana abierta la quietud de la calle. No me había vestido para recibir a nadie, porque no esperaba a nadie. Acababa de salir de la ducha y solo llevaba un ligero vestido blanco de algodón. La brisa que entraba era débil y olía a polvo, pero bastaba para secarme el pelo y enroscar las cortinas en mi cintura. No me di cuenta de que él estaba en el cuarto hasta que carraspeó.

Me giré de golpe, intentando no caer por la ventana. Lo conseguí, aunque no tuve tanta suerte inmediatamente después, cuando caí de lleno perdiéndome en sus profundos ojos oscuros.

—Perdona, ¿recibes pacientes hoy? —me dijo, y fue la primera vez que oí su voz grave y dulce.

—Sí, claro.

—Bien.

Tenía la piel morena y era alto, aunque no mucho. Llevaba gafas de pasta negra y el pelo muy corto, rapado a máquina. Cuando empezó a desabotonarse la camisa vi además que tenía unas manos grandes y bonitas, dedos de cirujano o de pianista; aunque por el estado de sus botas pensé que quizás fuera un agricultor o un mecánico.

—Puedes dejar la ropa en aquella silla —dije señalando el rincón, cerca de la ventana.

Él sonrió un poco, dobló la camisa y la dejó allí con cuidado. Después, con la misma meticulosidad, se deshizo de las botas, el pantalón y las gafas. Había cansancio en sus movimientos, pero no hasta el punto de parecer perezosos, tristes o abandonados. Eran enérgicos y serenos. Elegantes.

—¿Qué necesitas? —dije con la garganta seca y el corazón intentando escapar por la boca.

—No lo sé.

Giró el cuello, cerró los ojos y se tocó las cervicales con un gesto de dolor. Le vi entonces algunos moretones en las costillas y parte de un enorme tatuaje que le cubría toda la espalda.

—Ven, tumbate aquí.

Le llevé hasta la camilla y le pedí que se echara boca abajo. Seguí el ritual cotidiano: encendí un palito de incienso de azahar, le puse una toalla sobre los glúteos y las piernas, y calenté unas gotas de aceite de romero entre mis manos. Después cerré los ojos y toqué por primera vez la piel entintada de su espalda.

La habitual conexión, luminosa y cosquilleante, fue esta vez un intenso latigazo de energía. Toda mi piel se puso de gallina, la electricidad sacudió mi cuerpo y por primera vez, al cerrar los ojos, vi una intensa y cegadora lluvia de estrellas cayendo detrás de mis párpados.

Me retiré, un poco asustada, con las mejillas ardiendo y el aire atascado en mis pulmones. Entonces, abrí los ojos.

Busqué con la mirada la calma de la ventana abierta, la calle, el ruido de la ciudad que empieza a despertarse. Inspiré y expiré varias veces hasta que me sentí con fuerzas para volver a tocar su piel. Con prudencia deslicé mis dedos por su columna, hacia arriba, hasta las cervicales, donde encontré los nudos que le cargaban los músculos y le producían dolor. Al tocarlos, él movió el cuello molesto, quizás intentando colocarse mejor.

—Espera —dije, sintiendo que empezaba a salir poco a poco de mi estado de conmoción. Me acerqué y destapé el agujero de la camilla para que pudiera introducir la cabeza y su cuello quedara recto para mí. Intenté que relajara los hombros, recorrí sus brazos con mis manos y los dejé colgar a ambos lados de la camilla.

Recuerdo el dibujo de su espalda: tribal, simétrico, agresivo. Unas finas cenefas que parecían los dientes de un tiburón enmarcaban su columna y le perfilaban los omóplatos. En contraste, unas sólidas zonas de tinta negra cubrían allí donde se situaban los músculos y dividían las zonas del dorso con perfección anatómica.

Deslicé mis dedos sobre los caminos de piel sin tinta y el vello se le erizó. Sonreí, feliz de haberle causado esa sensación, y me centré en sus hombros, cervicales y cuello. Había que deshacer aquellos nudos, y después, quizás, intentar rebajar la tensión de su cuerpo.

Inspiré profundamente y descargué algo de mi peso sobre él. Su respiración se hizo más fuerte y yo seguí presionando sobre sus músculos, moviendo mis nudillos lubricados sobre ellos, hundiendo la base de mi mano, la palma de mi mano, la punta de mis dedos.

Su piel enrojeció y se calentó por el roce. Me apliqué tan intensamente en su cura que, cuando quise darme cuenta, estaba tan cerca de su cuerpo que podía sentir en mi pecho ese calor que irradiaba, matizado por su propio aroma masculino y la fragancia del romero.

Seguí trabajando la zona, con la mente anclada en la tinta negra de su espalda, hasta que noté que se relajaba. Recuerdo quedarme prendada de decenas de pequeños detalles, como lo curioso que me pareció la forma en la que el aceite de masaje penetraba en las zonas oscuras de su piel o la ligereza de algunos de los trazos de las figuras geométricas y lo elaborado de los motivos que confluían en la parte baja de su espalda.

Hasta tal punto llegué a estar absorta en la contemplación de aquella obra de arte, que no me di cuenta de cuando dejé de masajear su espalda para acariciarla.

Pero él sí lo hizo.

Apoyó los codos sobre la camilla y levantó la cabeza con un leve quejido. Inspiró y su pecho se elevó y expandió. Me separé de su piel y di un paso atrás. Aún sentía en la mía propia las cosquillas por su contacto, cuando él se movió para sentarse en la camilla.

Esperé en silencio cualquier cosa: una palabra, un movimiento, pero él permaneció en silencio durante un par de minutos, con la vista baja, los codos apoyados en sus rodillas y sus largos dedos entrelazados.

Cuando mis manos se enfriaron, perdiendo la memoria momentánea de su contacto, un amargo trago de tristeza me sacudió en la base de la garganta. Sentí ganas de llorar y yo también bajé la vista. Fui hasta la mesa, cogí una toalla y me sequé las manos. El ruido de la calle empezaba a ser molesto y cerré la ventana.

De espaldas a él le oí bajar de la camilla y caminar hacia mí. No quise mirarle y permanecí girada, jugueteando con las cortinas.

—Perdona, sé que no he sido demasiado profesional —le dije—. Estoy tan avergonzada... no te preocupes, no tienes que pagarme.

—Nada de eso.

Oí su profunda voz a mi espalda; el ruido de la tela de su pantalón al tensarse; el botón encajando en el ojal; las botas deslizándose, con cierta dificultad, sobre los calcetines; la camisa asentándose en su cuello.

—¿Treinta son suficientes?

Me giré. Treinta eran el doble de mi tarifa, pero no dije nada. Asentí y él dejó el dinero en la silla.

—No estoy seguro de si esto es lo que necesito —dijo, con un leve temblor en la voz—. Pero podemos intentar averiguarlo.

Examiné su rostro, me zambullí de nuevo en el fondo de sus ojos, diseccioné sus palabras.

No estaba dispuesta a dejar entrar en mi casa al dolor, ni al desengaño, aunque tuvieran su figura y su voz. Consideré unos segundos, en silencio, su ofrecimiento. ¿Era aquello también lo que yo necesitaba?

—Claro, por supuesto —dije al fin, empujada más por una corazonada, por una sensación, que por mi mente.

Él pareció satisfecho con mi respuesta, me sonrió y se marchó. Y yo, aquella mañana, con los nervios en el estómago y la esperanza flotando en el aire, sin tener la certeza de si volvería a verle, de si todo aquello había sido verdad o un sueño, me senté en la camilla, cobijé su toalla en mi pecho, y cerré los ojos intentando encontrar un resquicio de su aroma. Intentando decirme a mí misma que todo aquello era verdad. Intentando conjurar en la yema de mis dedos el suave dibujo de su piel.